REFORMA

Reconstrucción

Diego Valadés

(05-01-2016).- El desafío constitucional de México para este y los años por venir puede sintetizarse en una palabra: reconstrucción. Es necesario reconstruir la confianza de los mexicanos en las instituciones, para lo cual debemos reconstruir las instituciones mismas.

Hay quienes sostienen que estamos bien pero no nos damos cuenta, por lo que nuestras dificultades son de imagen; otros opinan que todo es cuestión de discurso, pues unos pocos se quejan mientras que millones viven "satisfechos". Una perspectiva opuesta plantea que no tenemos remedio posible. Ambos extremos tienen en común el desconocimiento de la realidad.

La clave para encontrar las soluciones está en reconocer los problemas. Esto no es tan sencillo como parece. Sucede con frecuencia que la bonanza propia impide ver la carencia ajena. El poder suele producir el espejismo de que todo está en orden y que las voces discrepantes obedecen a la animosidad de quienes las emiten. Es común tener por amigo a quien halaga y por rival a quien critica.

Empero, la debilidad del Estado mexicano es un hecho confirmado a diario. Para contar con un punto de referencia conviene asomarnos al informe de la organización Fund for Peace que, con el apoyo de la ONU, lleva a cabo evaluaciones anuales del desempeño de los Estados. El primer informe, en 2005, incluyó 76 países, y el más reciente, de 2015, comprende 178. Entre 2005 y 2013 publicó el índice de "Estados fallidos"; a partir de 2014 cambió su metodología para medir la "fragilidad" de los Estados. Por esta razón el Estado más frágil, Sudán del Sur, figura con el número 1, en tanto que el de menor vulnerabilidad, Finlandia, queda al final de la lista (178).

Según su fortaleza o fragilidad cada Estado es clasificado en once categorías: muy sostenible; sostenible; muy estable; estable; menos estable; advertencia baja; advertencia media (aquí se ubica al Estado mexicano); advertencia alta; alerta; alerta elevada; alerta muy elevada.

Cada Estado es mensurado en doce campos, entre ellos inequidad económica, inconformidad social, pobreza, legitimidad, servicios públicos, derechos humanos y Estado de derecho, en los que el Estado mexicano recibe notas negativas. En conjunto, estos indicadores nos sitúan en el lugar 100, por lo que hay 99 Estados más frágiles y 78 más eficaces y estables.

Conforme a los mismos factores de comparación, diez Estados del área tienen mejor posición que el nuestro: Uruguay 155, Chile (150), Costa Rica (142), Argentina (141), Panamá (131), Brasil (123), Cuba (112), República Dominicana 105, Paraguay (103) y El Salvador (102). Están peor calificados Ecuador (85), Bolivia (77), Honduras (76), Venezuela (75), Nicaragua (72), Guatemala (64) y Colombia (61).

Toda clasificación es controversial porque las observaciones pueden resultar de apreciaciones coyunturales. Esto no obstante hay claras evidencias, corroboradas por la percepción nacional dominante, de que nuestras fallas institucionales lejos de remitir se acentúan de manera progresiva.

Un tropiezo para identificar las soluciones es la tendencia a personalizar los argumentos. Esta inclinación se observa lo mismo entre los gobernados al atribuir los yerros a individuos en particular, que por parte de los gobernantes, que reciben las críticas a las instituciones como si fueran una descalificación personal.

Ese velo personalista ha impedido ver con objetividad los problemas institucionales. Diferenciar las instituciones de sus titulares es una labor difícil, sobre todo en una cultura política que no se ha desprendido por completo de la impronta caudillista. La distinción es crucial para estar en condiciones

de revertir la fragilidad que ha alcanzado nuestra vida institucional.

El mundo de las instituciones es menos tangible que el de las individualidades; hay que verlas por separado si queremos superar los malos entendidos que tanto han contribuido a exacerbar las resistencias al cambio.

En 1928 Plutarco Elías Calles propuso la "reconstrucción" nacional y sustituir el caudillismo por instituciones. Hoy, como entonces, el país necesita tener metas cuya consecución haga resurgir el entusiasmo y nos devuelva la confianza en nosotros mismos.

La energía nacional se está desperdiciando. Es inaceptable permanecer atrapados por el marasmo. Requerimos un gran proyecto de renovación institucional que cohesione a la sociedad. Las retóricas del triunfalismo y del derrotismo sólo posponen la reconstrucción de un país que ha tenido, y volverá a tener, mejores tiempos.

@dvalades

Copyright © Grupo Reforma Servicio Informativo

ESTA NOTA PUEDES ENCONTRARLA EN:
http://www.reforma.com/aplicaciones/editoriales/editorial.aspx?id=79250
Fecha de publicación: 05-01-2016